

El amor a los indios —«500 años de dolor»— de Hispanoamérica es el que dice inspirar a ciertos clérigos adoradores de las divinidades incaicas. En la foto, restos de un poblado en Bolivia.



La abominación de la desolación...

¿Hay quien dé más?

Señor director:

La «dinámica del postconcilio» no tiene límites. Más de una vez habíamos pensado que ya se había tocado techo en la antología del disparate y la aberración. Por ejemplo, cuando se nos ha propuesto que la Iglesia debe pedir perdón por su pasado pecador ante el mundo, o cuando se llama reverentemente «nuestros hermanos mayores en la fe» a los judíos que jamás se arrepintieron de haber crucificado a Cristo.

Pero no. Aún cabe más. El diario «ABC» del 15 febrero nos informa que la Conferencia de Religiosos (católicos) de Hispanoamérica (ellos dicen Latinoamérica) hizo suyos unos salmos de adoración a las divinidades incaicas Pachacamac y Wiracocha como

creadores del mundo y para impetrarles que los libere del capitalismo, de la militarización, etc. De paso lamentan los «quinientos años de dolor» desde la conquista y evangelización española, y se pone a Moisés en paragón con Tupac Amaru.

Consultado el Vaticano, éste los disculpa, en el ejercicio de su suprema virtud de la tolerancia. Es un pecadillo de despiste y poco sentido común inspirado por su amor a los indios, pero nada de herejía porque en rigor adoran a Jesucristo con otros nombres. Junto a la opinión vaticana se cita a otra, aún más benigna, que ve la invocación perfectamente legítima puesto que también los cristianos tomamos el nombre de Dios de Zeus, divinidad pagana de los griegos.

(Naturalmente, si a la gran mayoría de esos religiosos se les atribuyera sangre o ascendencia india se ofenderían de muerte: ellos son más racistas que nadie: sólo se reivindica a las deidades antropófagas prehispanas).

Llamemos a las cosas por su nombre: no se trata, en efecto, de ningún cisma o herejía. Se trata de una solemne y pública apostasía, de idolatría, blasfemia y (dado que son clérigos) sacrilegio.

¿Será éste el techo? Queda aún un pequeño paso, cuestión sólo de nomenclatura: adorar a Satanás con su nombre, expresamente.

No se arredren, señores ecumenistas: ¡A por la meta!

Rafael GAMBRA

Catedrático - MADRID